

sola vive y sobrevive también. La duda mata y el desaliento es un espectáculo que cansa. El hombre siente cariño hacia los fuertes.

Amable Tastu (1798-1884), premiada en los Juegos Florales y coronada por el Instituto, tuvo, con la gracia modesta y púdica, una gloria atemperada por el misterio.

La condesa d'Agoult, *née de Flavigny* (1803-1876), compatriota de Goethe, escribió, bajo el nombre de Daniel Sterne, además de algunas novelas y libros de historia, un buen estudio acerca de Goethe y de Dante y versos en que la voluntad triunfa de la facilidad, notables por la concentración y por la brillante individualidad.

Anais Segalas, amable autora de las *Algériennes*, de *Oiseaux de passage*, de *Enfantines*, de *Nos bons Parisiens* y de *Poésies pour Tous*, nos ha dejado el recuerdo de una inspiración saludable, indulgente, sonriente y humana cuyo modesto brillo recuerda el de su famoso *Petit sou neuf*.

Más cerca de nosotros, abundan las musas, y Apolo se muestra galante con ellas, porque no es avaro en la dispensación de sus favores: la Sra. Rostand (Rosemunda Gérard) sobresale en el preciosismo tierno; la Sra. duquesa de Rohan sabe hacer brillar las *Luciérnagas*; la Sra. de la Roche-Guyon, la baronesa de Baye, la Sra. Jean Catulle-Mendès y la baronesa de Zuylen, escriben páginas agradablemente poéticas; la Sra. Renée Vivien se muestra apasionada por Safo; la Sra. Delarue-Mardrus tiene verdadero talento; la Sra. Valentine de Saint-Point es muy orgullosa y está enamorada del Sol; la Sra. Lucie Félix-Faure-Goyau crea versos llenos y sólidos que pueden ponerse en paralelo con los versos filosóficos de su esposo; la Sra. Mathieu de Noailles se muestra amante de la naturaleza con gracias ingeniosas y la celebra en una lengua sabrosa y esmerada; la Sra. Alphonse Daudet y la Sra. Mesureur tienen agradables ternuras.

Las escuelas se han dispersado, y el siglo XIX se ha cerrado con una era de libertad poética, caminando cada uno hacia su ideal, con los recursos de su propio temperamento. Lo único que queda de todos estos esfuerzos son las brechas fatales abiertas en la hermosa prosodia que bastaba a Victor Hugo y a Musset. Ya se taparán. La confusión democrática de los géneros no ha de llegar hasta confundir la poesía con la prosa. Por poco musical que sea el genio francés, no ha de ceder á las excitaciones y á la invasión de los extranjeros, que quieren imponerle, tal vez para su comodidad personal, el ritmo métrico, el acento tónico, las breves y las largas: un verso francés no será nunca un verso latino.

CAPÍTULO IX

LA NOVELA

La Sra. de Staël. — Jorge Sand. — La mujer fatal y el amor romántico. — Henry Beyle-Stendhal. — Próspero Mérimée. — Alejandro Dumas padre. — Reflexiones sobre el realismo. — Honorato de Balzac. — Gustavo Flaubert. — Los Goncourt. — Emilio Zola. — Guy de Maupassant. — Alfonso Daudet. — Revista general de los demás novelistas. — Anatole France. — Pierre Loti. — Paul Bourget. — Principales novelistas de fines del siglo XIX.

Chateaubriand, Hugo, A. de Musset, Lamartine y A. de Vigny han ilustrado el género de la novela ó del cuento. Ya los hemos estudiado antes.

Después de estos grandes nombres, queda aún toda una falange á la que vamos á pasar revista, empezando por las damas. He aquí á Mad. de Staël, la cual decía: « Cuando se escribe para satisfacer á la inspiración interior que se apodera del alma, se dan á conocer con los escritos, aún sin quererlo, hasta los menores matices del modo de ser y de pensar. » Su vida y sus obras se compenetran é iluminan. Su educación le inspiró dos clases de ambición: la felicidad familiar y « el reinado de un salón »¹ á ejemplo del que había tenido su madre.

Germana Necker (1766-1817) fué educada en el culto de la vida de sociedad. Á los once años, asistía al salón, donde escuchó á Buffon, Morellet, á Suard, á La Harpe y á Marmontel. Iba al teatro y escribía piecitas con arreglo á las que había visto; á los quince años resumió el *Espíritu de las leyes*, é hizo para Raynal una disertación sobre la revocación del Edicto de Nantes. Devoraba novelas y obras de Juan Jacobo Rousseau, Clarisa Harlowe y Werther.

Á los diez y siete años le preguntó á una señora: « ¿ Qué pensáis del amor? » Esta precocidad causa menos admiración si se piensa que se ajustaba al tono ordinario de la educación del antiguo régimen. Á los trece años, los niños representaban las comedias singularmente libres de la colección del Sr. de Moissy, *la Petite Thalie*. Pero Germana Necker poseyó desde muy temprano un espíritu maduro y bien amueblado. Tenía el don de la conversación y de la improvisación y era de naturaleza apasionada. Su imaginación fué devoradora. No le

1. El conde de Sabran decía: « Ella desearía que el mundo fuese un salón y ella la araña. »

gustaban ni los paisajes ni la soledad; sólo vivía por y para la sociedad. Comunicó á Corina y á Delfina los rasgos de su fisonomía :

Corina tenía un espíritu muy regocijado. Echaba de ver el lado ridículo con la sagacidad de una francesa y lo pintaba con la imaginación de una italiana; pero mezclaba con todo eso un sentimiento de bondad; en ella no se veía nunca nada que indicase cálculo ú hostilidad, porque, en todo, es la frialdad la que ofende, y la imaginación por el contrario, presenta casi siempre carácter benévolo.

...Expresiones siempre escogidas, y un movimiento siempre natural, cierto regocijo en el espíritu, y melancolía en los sentimientos, exaltación y sencillez, ardor y energía, mezcla adorable de genio y de candor, de dulzura y de fuerza, poseyendo en igual grado todo lo que puede inspirar admiración á los pensadores más profundos y todo lo que puede servir de aliento á los espíritus más ordinarios, si poseen la bondad y si gustan de encontrar esta caridad conmovedora bajo las formas más fáciles y más nobles, más seductoras y más cándidas.

Tal fué Delfina.

Tales fueron Delfina y Germana. Entusiasta, tumultuosa, virtuosa y ávida de felicidad, espoleada por el hastío, sedienta de amor, no suficientemente hermosa para imponer desde luego la admiración, ansiosa de homenajes y de dominación, buscó para adorarle, á uno de esos hombres « de instrucción seria, de talento superior, animados por el deseo de agradar más aún que por la necesidad de ser útiles, que buscan el aura de los salones aun después de gozar de la gloria de la tribuna y que viven en compañía de las mujeres para ser aplaudidos más bien que para ser amados ». Halló al barón de Staël-Holstein, que tenía diez y siete años más que ella, y que era diplomático distinguido y embajador de Gustavo III de Suecia. Más tarde debía ella escribir : « La suerte de una mujer acaba cuando no se ha casado con el hombre á quien ama; la sociedad no ha dejado en el destino de las mujeres más que una esperanza; cuando la lotería se ha jugado y ha perdido una, no queda nada que hacer. »

Hablaba de esta suerte como una esposa sin esposo. Sus alegrías de mundana la consolaron. Su salón de la rue du Bac fué el más brillante de París. Su ingenio le creó enemigos. Senac de Meilhan hizo de ella el siguiente retrato :

Se ha apoderado de ella la embriaguez de los talentos y ha adquirido el hábito del entusiasmo... Sus maneras tienen una exuberancia que aturde; su conversación parece un asalto; es más bien una mujer rara que una mujer amable; pero el que lograrse ser amado por ella hallaría en Hortensia una mujer única, un tesoro de pensamientos y de sentimientos.

Era orgullosa, pero tenía también ingenio y nobles cualidades : « Comprenderlo todo equivaldría á perdonarlo todo. »

La Sra. de Tessé decía : « Si yo fuese reina, ordenaría á Mad. de Staël que me hablase siempre. »

Tuvo adoradores. Talleyrand, entonces joven y galante, Mathieu de Montmorency, y de Narbonne, que fué el héroe de la siguiente graciosa aventura :

Acababa de dejar el ministerio; no se había aprovechado, como tantos otros, de su posición para restablecer su fortuna y se veía despiadadamente perseguido por sus acreedores. Un amigo indiscreto hizo saber á Mad. de Staël que el Sr. de Narbonne iba á ser reducido á prisión aquel día si no lograba procurarse inmediatamente la suma de 30.000 francos. Cediendo entonces á un movimiento de viva amistad, fué á ver á su esposo, le pintó la triste situación del conde Luis y le preguntó si no habría medio de salvarle.

« ¡ Oh ! me colmáis de alegría », dijo el Sr. de Staël. — Y sacando después de una cartera la suma que debía asegurar la libertad del Sr. de Narbonne, se la entregó á su esposa y añadió con acento emocionado : « Podéis juzgar de mi alegría, pues le creía vuestro amante. »

Mad. de Staël no merecía en este terreno tan excelente opinión por su delicadeza.

La Revolución le procuró en primer término la satisfacción teatral del regreso de su padre. Tomó parte en los negocios públicos y, en vista del huracán desencadenado, se marchó á Coppet¹ donde se fastidió. De allí pasó á Inglaterra donde encontró á sus amigos y sufrió bastante por el desvío del infiel Narbonne. Entonces supo que :

Los hombres pueden pasar por buenos y haber causado á las mujeres el más horrible dolor que puede producir un ser mortal en el alma de otro; pueden pasar por verídicos y haberlas engañado; pueden haber recibido de una mujer favores y pruebas de abnegación que bastarían para ligar eternamente á los amigos... y prescindir de toda obligación atribuyéndolo todo al amor, como si un sentimiento, ó un don de más disminuyese el valor de los restantes.

La idea de una ruptura le causaba dolorosas ansias que ha expresado con elocuente exaltación :

¡ Jamás ! ¡ Jamás ! ¡ qué palabra de hierro y de fuego ! Los suplicios inventados por los sueños del sufrimiento, la rueda que gira sin cesar, el agua que huye cuando quiere uno acercarse á ella, las piedras que caen á medida que se las levanta, no son sino una débil imagen para expresar este terrible pensamiento : lo imposible y lo irreparable.

Se consoló oyendo á Pitt y á Fox, y yendo á ver representar á Shakespeare; después volvió á Coppet donde encontró á su marido, dis-

1. En Coppet tuvo como huésped á nuestro célebre abate Marchena, de quien Chateaubriand hace en sus *Memorias* un retrato poco lisonjero. (N. del T.)

cutió con José de Maistre, y escribió un ardiente llamamiento en favor de María Antonieta. Entonces hizo conocimiento con el amable y brillante Benjamín Constant, un elegante dandy de veinte y siete años, de rubios bucles y acabó por adorarle, cuando él ya se iba cansando. Sus relaciones fueron una serie de borrascas (1794). El 9 de termidor dió nuevo vuelo á sus proyectos políticos y entonces dirigió su voz á Europa. Volvió á abrir su salón de París, soñó con instalar en Francia los Estados Unidos de América, se comprometió y tuvo que dejar de ocuparse en los negocios públicos para consagrarse, á pesar suyo, á la literatura. « En un país, dice, donde se corta la cabeza á las mujeres, tienen el derecho de saber por qué. »

Chênédollé prefería sus improvisaciones á sus escritos. Estos son brillantes pero descosidos; pone en ellos de tal modo su nota personal que la verdad y la emoción compensan lo imperfecto de la composición.

El libro de *Passions* (1796) refiere sus decepciones de 1793. También se vió desilusionada cuando apareció Bonaparte. Soñó con ser su ninfa Egeria. Pero él la rechazó y ella se sintió como aterrada por su mirada de acero. Se hizo presentar al general Bonaparte á su regreso del ejército de Italia. Después de algunas frases lisonjeras, Mad. de Staël, que esperaba un cumplido, le dijo: « Vamos, general, ¿ cuál es la mujer á quien amáis más? — La mía. — Eso es natural; pero ¿ cuál es la mujer á quien estimáis más? — La que se ocupe con más cuidado de su casa. — Eso también es muy natural. Pero en fin, ¿ cuál es para vos la primera de las mujeres? — La que tiene más hijos, señora. »

Mad. de Staël comprendió que no lograría dominar á aquel hombre terrible.

No hallé palabras, dice para responderle, cuando vino á decirme que había buscado á mi padre en Coppet... Cuando logré reponerme algo de la turbación que me produjo la admiración, sucedió á ésta un sentimiento muy vivo de temor.... Le vi varias veces y jamás pudo disiparse la dificultad de respirar que experimentaba en su presencia... Cada vez que le oía hablar, me sentía abrumada por su superioridad.

Le sacrificaba á Wellington, de quien decía: « Hay que confesar que la naturaleza, jamás ha creado un grande hombre con menos elementos. »

Un día hizo justicia al emperador. Cierta cortesana que conocía el rencor que profesaba Mad. de Staël á Napoleón I, creyendo lisonjear el odio del autor de *Corina*, le dijo que Napoleón no había tenido nunca ni talento ni valor.

Señor, le respondió severamente Mad. de Staël, os costará mucho trabajo persuadirme de que Europa se ha prosternado durante quince años á los pies de un imbécil y de un cobarde.

Era éste un lenguaje noble y digno. Pero prefería al imperio, ya á Moreau, ya á Bernadotte, ya á la República estilo americano. Benjamín Constant, en 1800, atacó la tiranía naciente y ahuyentó á la mitad de los huéspedes del salón de su amiga. Ella coqueteó formalmente con el primer Cónsul, y llenó de malicias, y lisonjas y alusiones su obra de la *Literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales*, en que expuso su deseo de que la literatura se regenerase por medio del republicanismo y del conocimiento de las literaturas extranjeras. Poco á poco iba inclinándose hacia el odio á aquel grande hombre que no tenía en cuenta su existencia. Conspiraba, se burlaba, atacaba, excitaba á sus amigos y luchaba. Bonaparte incurrió en el error de mostrarse severo y de desterrarla. Esto era dar demasiada importancia á un salón en que se charlaba. Ella le dió las gracias con mucho ingenio: « Tendré una línea en vuestra historia. » Nótese que por entonces era viuda y madre de tres hijos. ¿ Por qué no se casó con Benjamín Constant? Tal vez para conservar su rango de embajadora y baronesa, tal vez porque Benjamín Constant se iba fatigando de aquella influencia dominadora. Pidió cortésmente su mano y le fué negada con igual cortesía. Resignóse con una docilidad que vejó á Mad. de Staël y ésta confió sus penas al papel en *Delfina*, el más confidencial de sus libros en el que Fiévée le reprochó el hablar del amor como una bacante que emplea el estilo sublime.

Le estaba prohibido acercarse á París. Fué á Alemania para conocer un país que le atraía, para visitar á Goethe y Schiller y para oponer « la acogida benévola de las antiguas dinastías á la impertinencia de la que se preparaba á subyugar á Francia ».

En Weimar tuvo el mayor éxito. Entró allí « como una ardilla en un hormiguero ». Recibida en la corte con intimidación, asustaba á la gente por su volubilidad, hablaba siempre y no escuchaba, pedía informes charlando siempre y azoraba algo á sus interlocutores.

Estamos en una continua tensión de espíritu, añade Carlota Schiller. Cuando una desearia recogerse, hay que buscar ocurrencias y poner el ingenio en tortura.... Es un movimiento perpetuo: quiere saberlo todo, verlo todo y conocerlo todo.

Cuando se marchó, declaró Schiller: « Me parece que acabo de pasar una enfermedad. » Ella preguntó á Fichte que le explicase su filosofía en un cuarto de hora, y le comparó con impertinencia al barón de Munchausen. Niega á los alemanes el don de ser agradables en sociedad, porque no tenían ni tiempo ni costumbre de charlar tanto tiempo como ella. Goethe la trató friamente y ella le encontró muy feo.

Obligada á volver por la muerte de Necker, partió de nuevo para Italia, subió al Capitolio, recibió allí homenajes en versos latinos, conversó

con los ingenios más brillantes, admiró poco la naturaleza, se mostró aficionada á las ruinas y observó las costumbres.

Volvió á Coppet en 1805, cuando tenía treinta y nueve años, y escribió *Corina*. Napoleón andaba guerreando lejos de Francia. Ella rondó en torno de París deseando volver; pero Fouché andaba ojo avizor y el emperador, á quien se dió noticia del caso, ordenó que alejasen á aquella mujer, llamándola cuervo¹. Reunió en Coppet la sociedad más brillante; allí se veía al príncipe Augusto de Prusia, á la duquesa de Curlandia, á Madama Récamier, á Barante, á Montmorency, á Sabran, á Voght, á Werner, á Sismondi, á Bonstetten, á Guizot, á Schlegel² preceptor de sus hijos, y siempre á Benjamín Constant, cada vez más inconstante³. Tuvo allí un teatro donde se representaron tragedias y ella misma escribió algunas.

En *Andrómaca*, Madama de Staël hizo al natural el papel de Hermione, porque Benjamín Constant quería romper con ella y casarse con una plácida alemana para cambiar. Lo hizo, y echó de menos su volcán.

Madama de Staël, á medida que envejecía, se iba inclinando á la bondad y á la piedad y desligándose de los triunfos frívolos. Escribió con más elevación. Compuso su libro de *l'Allemagne y Dix années d'exil*. Retirada en Coppet y mantenida severamente lejos de Francia por el emperador⁴, se fué calmando, se volvió silenciosa y encontró por último la dicha en el momento en que ya no contaba con ella, gracias al amor del joven Rocca con quien se casó. Renació nuevamente la alegría, y el teatro de Coppet vió, en lugar de *Andrómaca*, vaudevilles y operetas. Benjamín Constant sintió reanimarse su fuego, pero como Rocca triunfó, cedió el puesto. Napoleón perseguía á los amigos de Madama de Staël y los alejaba. Juzgó ella que el puesto se hacía peligroso y partió para Suecia en 1812. Atravesó á Rusia acompañada de homenajes, habló con el emperador Alejandro, á quien volvió á hallar en París, en 1815, siendo amo de Francia. Napoleón estaba por tierra y su odio quedó satisfecho. Se estableció de nuevo en París, casó á su hija con el duque Víctor de Broglie y abrió nuevamente sus salones, rue Royale, á donde acudió la sociedad que ha descrito Balzac. Abusó de sus fuerzas. En un baile en casa del duque Decazes, cayó parálitica (1817). Era para ella el peor suplicio y le causó la muerte. Fué enterrada en Coppet.

El cortejo fúnebre, refiere Bonstetten, ha pasado lentamente entre dos filas de niños y de ancianos — todos los hombres estaban ocupados en la siega, —

1. Esta mujer es como un cuervo. Creía ya llegada la tempestad y se alimentaba de intrigas y locuras.

2. A Schlegel se debe una interesante historia de la literatura provenzal. Su hermano Federico escribió sobre literatura española. (N. del T.)

3. « Todos los volcanes son menos llameantes que esta mujer... Estoy cansado del hombre-mujer cuya mano de hierro me encadena desde hace diez años. »

4. « Es una máquina en movimiento, remueve los salones; sólo en Francia puede ser temible una mujer semejante; por eso no la quiero aquí. »

hasta el interior de los muros, hacia el bosquecillo de hayas, rodeadas de álamos donde está la casita en que descansan juntos sus padres. La mañana era magnífica y los alegres cantos de las aves contrastaban con la solemnidad del cortejo; los hombres negros parecían sombras salidas del otro mundo en medio del espesor del bosque. Las hojas de los árboles rozaban el féretro...

Ha dejado obras de raro interés: *De la literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales*, interesante ensayo de literatura comparada; *Delfina*, 1802; *Corina*, 1807, sus dos famosas novelas; *De l'Allemagne*, 1813, su libro más célebre; *Consideraciones sobre la revolución francesa, Diez años de destierro*.

Delfina y *Corina* han hecho soñar y llorar á generaciones enteras. La inclinación de *Corina* hacia lord Nelvil, contrariada por Lucía Adgermont; la de *Delfina* d'Albemar hacia Leoncio, contrariada por Matilde, no suministran gran variedad á sus novelas que son dos estudios psicológicos sobre el mismo asunto, escritos con ardiente estilo, en medio de una serie de agradables cuadros.

El famoso cuadro de Gerard, *Corina en el cabo Miseno*, que adornaba el salón de Madama Récamier, ha fijado en el lienzo una de las más bellas escenas de *Corina*, que exhala su amor en versos transparentes durante una fiesta organizada por ella.

Madama de Staël ha pintado sobre todo con maestría estados de alma. Era insensible á la magia de las formas y de la luz, pues decía que el viaje es uno de los placeres más tristes de la vida, y agregaba: « No abriría jamás mi ventana para ver la bahía de Nápoles por vez primera, en tanto que andaría quinientas leguas para ir á hablar con un hombre de ingenio á quien no conozco. »

En una de esas lindas villas romanas, de encantados jardines, sólo se le ocurre esta frase vulgar: « Jardín solitario y sin más ornamento que árboles magníficos » y ante el Baptisterio de Florencia exclama: « ¡Qué paciencia! » No sabe expresar lo que no forma parte de su ser, y como carece de impresiones de arte y del sentido de lo pintoresco, la naturaleza y el arte no entran en ella, no forman parte de su ser, se quedan en lo exterior. *Corina* es una decoración de color gris para un drama de pasión vehemente. La decoración es pálida y el drama intenso: la despedida de Venecia, la loca persecución de *Corina* y su altivo renunciamiento son el verdadero é inmenso grito de humanidad. El contraste entre la morena sacerdotisa del cabo Miseno y la dulce Lucila, y Oswald el flemático escocés, es una pintura que jamás palidecerá. Se ha dicho con mucho acierto que el libro de *Corina* hay que leerlo en Inglaterra.

Las costumbres del libro alemán, las diferencias que lo separan del francés, la importancia de las lenguas extranjeras, la marcha filosófica de la humanidad (heroísmo, patriotismo, espíritu caballeresco, libertad) forman la primera parte; la literatura y las artes en Alemania que ha

visitado, forman la segunda; los sistemas de Kant, de Fichte y de algunos otros se hallan expuestos en la tercera parte; la religión, cristianismo y protestantismo, constituyen el fin: he aquí todo lo que contiene ese hermoso libro *de l'Allemagne*, demasiado germanófilo para que el duque de Rovigo, ministro de la policía, dejase de hacerlo notar en su informe: «Vuestra obra no es francesa.»

Dotada de imaginación febril, concibió un ideal de felicidad y de justicia, y un odio grande á la opresión, que tuvieron por corolario una gran piedad.

Uno de los rasgos más netos de su fisonomía fué su cosmopolitismo de hija de Suiza, colocada en la confluencia de las cuatro corrientes francesa, alemana, italiana é inglesa. Poseyó el sentido de los pueblos diversos, la intuición de sus caracteres y de su vida interior. No hizo más que atravesar á Rusia y su breve paso le bastó para adivinar el alma del mujic. Ha comprendido perfectamente el alma alemana.

No hay que buscar en sus libros ni sensaciones de arte ni paisajes; sólo hay que buscarla á ella misma, porque en todo lo que ha escrito ha puesto únicamente todo su ser, y nada más.

Fué en política liberal. Dió breves explicaciones, acerca de la Revolución; su mirada no se elevaba mucho ni alcanzaba á muy lejos. Inventó el liberalismo parlamentario, pero dejó en la sombra á la plebe. Al escucharla, diríase que no existen más que personas distinguidas y enguantadas. No vió ni conoció más que á los que frecuentaban los salones¹.

Aurora Dupin, baronesa Dudevant, llamada Jorge Sand, nació el 2 de julio de 1804 en París. Su padre era oficial. Su abuelo, Dupin de Francueil, era arrendador general; se habla mucho de él en las Memorias de Madama d'Épinay. Su abuela era hija natural de Mauricio de Sajonia. Jorge Sand estaba por decirlo así emparentada, y de ello se vanagloriaba, con el rey de Polonia, con Luis XVIII y Carlos X. Toda esta genealogía se halla largamente expuesta en su copiosa *Historia de mi vida*. Se crió en casa de su abuela, en el castillo de Nohant, cerca de la Châtre, en el Indre, entre esos alegres paisajes que han de servir como telón de fondo á sus novelas. Fué educada en las ideas de Juan Jacobo Rousseau, lo que no fué muy propia preparación para el convento, donde entró como pensionista, en París en 1817 á los trece años: allí permaneció hasta los diez y seis. Á los diez y ocho se casó con un oficial retirado, el Sr. Dudevant, de quien tuvo un hijo, Mauricio, y una hija, la

1. Chateaubriand le consagró notables páginas en sus *Memorias de Ultratumba*. Benjamín Constant que la conocía á fondo, traza de ella un notable retrato en el apéndice de la obra: *Letres de Benjamín Constant* (1882). (N. del T.)

futura Sra. Clésinger. Al cabo de nueve años de matrimonio — tenía entonces veinte y siete años — se separó de su esposo, y vivió con un amigo, Jules Sandeau que la orientó hacia el periodismo. Escribieron en colaboración artículos y novelas, como *Rosa y Blanca*, que firmaron Jules Sand.

Á partir de *Indiana*, Jorge Sand entró sola en la carrera que debía llenar con la gloria de sus novelas, de sus obras teatrales y de sus artículos de revista.

Es la hija intelectual de Juan Jacobo Rousseau y la conformidad de sus ideas con las teorías del ciudadano de Ginebra basta para constituir la unidad de su vida literaria¹.

Cree que, al salir de las manos de la naturaleza, todo es perfecto, y que la vida social y la civilización han echado á perder la pureza de los primitivos instintos. Sus primeros libros son gritos de furor, paroxismos contra la sociedad, los bailes, los salones y las ciudades; sólo encuentra descanso en los bosques desiertos, donde el relámpago surca las nubes por encima de las rudas cascadas.

La segunda manera es continuación de la primera: se dedica al socialismo, es decir se irrita contra la sociedad actual que juzga mala, y sueña con los medios de mejorarla.

Sus últimas novelas no desmienten semejante continuidad. Nos ponen en contacto con los campesinos, seres sencillos, más inmediatos á la buena naturaleza, puros y buenos, en contraposición con los vicios y las taras de las ciudades. Agréguese algunos toques de color histórico en lindas evocaciones del pasado y algunos destellos de iluminismo para corresponder á la moda de ocultismo que entonces regía: toda su obra se mantiene dentro de este marco con mucha más cohesión de lo que se cree.

No hay que buscar en la vida y en las obras de Jorge Sand más que el amor, tal como ella lo comprendió, lo experimentó y lo pintó. El amor romántico respondía á una concepción particular que brotó en los cerebros exaltados de que ya he hablado ligeramente. Necesitaban una naturaleza de mujer de acuerdo con su gusto, un ser contra el que pudiesen lanzar imprecaciones, un demonio nacido del infierno, pálido, misterioso, terrible por su belleza y su horror, adorable y terrible á la vez en medio de su apacible fuerza que atormenta. Esta esfinge, esta sirena, comunica, difunde, prodiga, hace irradiar y centellear el amor en torno suyo: no lo siente ni le presta acogida. Estando helada, produce deshielo como un pedazo de hielo incendiario. Siendo insensible

1. Respecto á este punto se ha escrito mucho. Los críticos se han fijado en la variedad que imprimían á su producción literaria los diversos hombres notables que fueron sus amantes, y aludiendo á esto dice un crítico moderno que en ningún escritor se confirma mejor la verdad de que: *El estilo es el hombre*. (N. del T.)